

## **LAS MINORÍAS Y LA DEFENSA DE LA CULTURA. PROYECCIONES DE UN TÓPICO DE LA CRÍTICA LITERARIA INGLESA EN SUR.**

**María Teresa Gramuglio  
Universidad de Buenos Aires -  
Universidad Nacional de Rosario**

El tema que aborda este trabajo está estrechamente vinculado con una cuestión central: la concepción del intelectual que se configura en el proyecto de *Sur*. Esta concepción no fue formulada expresamente en los números iniciales. Sin embargo, fue emergiendo en las intervenciones escritas de la primera década de existencia de la revista, y ocupó un puesto relevante en los debates que ésta organizó entre los años treinta y cuarenta.

El concepto de intelectual, desde la perspectiva teorizada por Pierre Bourdieu, remite a una figura moderna. Su aparición requiere la autonomización relativa del campo intelectual: sólo en tales condiciones se haría posible la intervención en el espacio público según valores y legitimidades consolidados en las prácticas regidas por las lógicas específicas de ese campo. Por eso, a lo largo de los procesos de autonomización ocurridos durante el siglo XIX en los diversos campos literarios nacionales europeos, la poesía, la literatura y la crítica literaria, y junto a ellas quienes se consagraban a su ejercicio, poetas, escritores y críticos, revistieron una función peculiar. Se propusieron como actividades y agentes privilegiados para comprender y superar los efectos desintegradores que la modernización acarrearba en las sociedades sometidas al impulso de los cambios generados por lo que Hobsbawm ha denominado “la doble revolución”.

En esos procesos, la pregunta por la condición de un tipo especial de personas que todavía no habían sido bautizados como intelectuales en el sentido más preciso que se acuña a fines del siglo XIX, suele ir acompañada de la búsqueda de formas de agrupación en cofradías más o menos ideales, a fin de ejercer una cierta autoridad espiritual que opere como una “fuerza de reconciliación” (Arnold, p. 314) capaz de contrarrestar los impulsos disolventes que los avances del industrialismo y la democratización instalaban en todos los órdenes de la vida social y cultural de las naciones. Uno de los antecedentes más ilustres de estas asociaciones proviene del primer romanticismo alemán (Cf. Ph. Lacou-Labarthe y J.L. Nancy, págs. 16-19; 31-54). Es en esta dirección que se puede rastrear la formación moderna de lo que serán más adelante conceptos como los de “*intelligentsia*”, “elites intelectuales” o “minorías culturales” —este último en un sentido muy distinto del que hoy se le da en los estudios culturales—, con los que el pensamiento sociológico del siglo XX abordó la relación entre elite e intelectualidad (Mannheim, págs. 135-145; Lepenies, p. 351).

Durante el siglo XIX, esta problemática cobró una intensidad especial en Inglaterra, el país que, además de haber realizado una temprana “revolución política”, fue cuna de la revolución industrial, y en el cual, por lo tanto, irrumpieron más temprano y con más fuerza sus efectos. De hecho, el título de este trabajo alude a un título famoso de la larga serie de textos ingleses que realizaron la crítica de la sociedad en la crítica literaria, y que buscaron la recuperación de valores vitales y morales amenazados por la “marea utilitaria” en los dominios de la cultura y el arte: la *Defensa de la poesía* de Shelley (ca. 1821, 1a. ed 1840. A su vez, Shelley conocía la *Defensa de la poesía* de Sidney). Pero alude también a una profusión de “defensas de la cultura” que proliferaron en el siglo XX frente a las crisis provocadas por la presencia perturbadora de las masas y el avance de los totalitarismos. Entre ellas, se puede incluir el título de un número de *Sur: Defensa de la inteligencia*, publicado en julio de 1938 (Cf. No. 46, julio de 1938, Sumario). De una a otra de esas “defensas”, transcurrieron aproximadamente cien años. En ese amplio arco de tiempo, los términos involucrados en sus formulaciones —intelectuales, elites, minorías, y sobre todo *cultura*— fueron objeto de una constante redefinición (Williams, *Keywords*, págs. 87-93; *Cultura e Rivoluzione industriale*).

La cuestión de la responsabilidad de las minorías o elites culturales en el mantenimiento de la cultura está presente desde muy temprano en *Sur*. En rigor, se podría afirmar que aparece, por así decirlo, “en acto”, en la trama de cartas cruzadas entre escritores que forman parte del primer número, que alcanza su expresión más intensa en la carta de Victoria Ocampo a Waldo Frank con que se inicia la publicación. Lo que toda esa trama epistolar pone en escena, entre otras cosas, es el funcionamiento efectivo de una red de relaciones que remite a la comunidad de intereses y preocupaciones que, como señalaba Ortega y Gasset, conecta a las elites intelectuales por sobre las diferencias de sus pertenencias nacionales y sociales (Cf. King, pág. 63; M.T. Gramuglio, “Hacia una antología de *Sur*. Materiales para el debate” (en prensa), y “La cultura nacional en el proyecto de *Sur*”, mimeo). Pero también Alfonso Reyes hace un llamado a las “minorías selectas de América” para demostrar a los lectores europeos que es posible producir algo más que una literatura pintoresca y exótica. Ya en el número 2 (otoño de 1931), la cuestión aparece mencionada, precisamente en una nota de Francisco Romero sobre *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset. A partir de allí, es un motivo frecuente que permea numerosos artículos y ensayos, cuya nómina es demasiado nutrida como para reconstruirla aquí: véanse, en los primeros números, las intervenciones de Mumford, Huxley, Reyes y otros.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En *Genio y figura de Victoria Ocampo*, Blas Matamoro registró la presencia del tema. “El asunto de la crisis y la reconstrucción de las elites —escribió— es una constante de *Sur* y atraviesa sus variables políticas”. Matamoro menciona una serie

La primera tematización explícita de la función de las minorías es un artículo de Leo Ferrero: "Carta de Norteamérica, crisis de *élites*". (No. 8, septiembre de 1933). Ferrero plantea allí una distinción entre elites de poder y lo que considera "verdaderas elites" en la cual se pueden reconocer claramente los términos característicos de la formulación clásica del problema:

Las *élites*, en general, tienen el poder político, pero no serían verdaderas elites si se contentaran con fiscalizar la máquina del gobierno. Su papel es más importante: elaboran el ideal de una vida superior donde puede el hombre encontrar refugio cuando huye del sufrimiento. [...]

Pero sería erróneo confundir esta "influencia" con el "poder político". [...] Lo que ocurre es que las *élites*, lejos de pedir al pueblo que les "dé influencia" o de lisonjear sus gustos y caprichos, le imponen los suyos. Hagan o no demagogia los políticos, el juego político no tiene nada que ver, en cierto sentido, con la actividad invisible y constante de las *élites*, que se realiza sobre un plano moral y —diría yo— casi metafísico. (112-114)

Del corpus nutrido que en *Sur* refiere a la cuestión, interesa destacar aquí una breve nota sin firma, aparecida en el *Calendario* del número 53 (febrero de 1939), que informa acerca del cierre de *The Criterion*. Dice lo siguiente:

Ha dejado de aparecer esta revista admirable, dirigida por T.S. Eliot, durante dieciséis años consecutivos. Desde 1922, fecha de su fundación, *The Criterion* desempeñó un papel importantísimo en la historia de la literatura. Fue un raro exponente de generosidad, de probidad intelectual y artística. Una revista incontaminada. Sus páginas, libres de todo fanatismo político, de todo mezquino interés personal, constituían uno de los pocos refugios del pensamiento contemporáneo. Los más notables poetas y ensayistas de habla inglesa colaboraron en ellas, y en ellas, por vez primera, T.S. Eliot dio a conocer al público británico la obra de escritores tales como Proust, Valéry, Jacques Rivière, Cocteau, Ramón Fernández, Maritain, Wilhem Worringer, Max Scheler, E.R. Curtius.

Después de esta semblanza tan elocuente, se transcriben unos párrafos de las palabras de despedida de Eliot, entre los que se destaca el primero:

En este nada brillante futuro inmediato, y quizá durante mucho tiempo, la continuidad de la cultura habrá de ser mantenida por un muy pequeño número de perso-

---

de textos que se vinculan con esa línea de preocupaciones. Los autores que registra son Mallea, Ocampo, Mounier, Valéry, Croce, Koestler. Su selección es acertada y valiosa, pero muy incompleta. Además, se resiente por algunas inexactitudes y por el prejuicio con que aborda una publicación a la que califica reiteradamente de "mandarinal" con evidente sentido peyorativo.

nas —y no las mejor provistas de ventajas materiales. No serán los grandes órganos de opinión o los viejos periódicos, sino los pequeños y oscuros diarios y revistas (aquellos que son leídos casi exclusivamente por sus propios colaboradores) quienes conserven vivo el pensamiento crítico y alienten a los autores con talento original. (p. 81)

Creo que nunca se ha reparado con suficiente detalle en la importancia de esta nota, que hace de la evaluación de *The Criterion* y de las palabras de Eliot un espejo del proyecto de *Sur* tanto o más fiel que otros que la revista encontró en publicaciones que se suelen mencionar con mayor frecuencia, como la *NRF*, y la *Revista de Occidente*. La persistencia de esta imagen especular queda corroborada cuando unos años después, al celebrar la entrega del Premio Nobel a Eliot, Ocampo recuerde que había pedido a Eliot que le enviara “el último número de *The Criterion*”, porque en un incendio de su biblioteca se había quemado “la colección de esa revista que con tanto interés seguíamos y que con tanto cariño yo conservaba (*The Criterion* fue la primera revista extranjera que publicó comentarios sobre *Sur*)”. Lo que le interesaba, sigue Ocampo, era releer aquellas “Last Words” que tanto la habían impresionado en 1939. Vuelve entonces a transcribir el párrafo de la nota del *Calendario* referido a las minorías. “Y hoy, como entonces, más que entonces —agrega—, lo volvemos a citar con la ya certidumbre de que también doblan para nosotros esas campanas. Y a mucha honra.” (No. 169, noviembre de 1948, págs. 7 y 9)

La afinidad con *The Criterion* remite al clima intelectual de entreguerras, que vio nacer una constelación de revistas y agrupaciones orientadas por el impulso hacia el afianzamiento y difusión de las manifestaciones que consideraban más valiosas de la cultura europea, o mejor, occidental, entre las que se deben contar la *Revista de Occidente* y otras publicaciones británicas, como la polémica *Scrutiny*. En las páginas de esas revistas se continuaba, en los nuevos términos del siglo XX, la “crítica de la modernidad” iniciada en el siglo XIX, modernidad que en el presente encarnaba en la democracia de masas y el ascenso de los totalitarismos, tanto o más que en factores anteriores como el utilitarismo, la técnica y las ciencias positivas.

Aunque son conocidos sus silencios sobre temas cruciales del debate de entreguerras, y sus posiciones dudosas no aún motivo de controversia, Eliot fue un representante significativo de esa constelación. Sus preocupaciones retomaron, entre otros, aquel motivo central de la crítica literaria inglesa del siglo XIX: la formación de una elite intelectual independiente capaz de mantener los valores morales y culturales amenazados por el cambio social. En sus reflexiones, Eliot se volvió hacia el concepto de *clerisy* acuñado por Coleridge en el siglo XIX (Coleridge, *On The Constitution...*; Lepenies, p. 191). Para Coleridge, los *clerics* no pertenecían estrictamente a ninguna clase, ni a la propietaria ni a la productora, sino que constituían más bien una “iglesia” mundana, cuya misión consistía en mantener y ampliar la cultura frente a los avances de la civilización material. Las ideas de Coleridge,

al ser retomadas por Eliot, reformularon la independencia de toda atadura religiosa, política o clasista: su modelo se aproximó más al del intelectual “desligado” o “socialmente independiente” acuñado por Mannheim, pero potenciado por la convicción de que esta “elite dentro de la elite”, la *clerisy*, era, más que transmisora, la verdadera creadora de cultura (Cf. Eliot, T.S., *Idea of a Christian Society* (1939) y sus *Notes on Clerisy*, ambos cit. por Lepenies, p. 351)

Continuando una tradición crítica que despunta con William Blake y con el romanticismo inglés, también Thomas Carlyle vio en la literatura un lugar de redención en un mundo donde lo sagrado tendía a desaparecer. En sus célebres conferencias de 1840, encontró en los “Hombres de Letras” una particular encarnación moderna de su concepción del héroe: en su visión, los “hombres de letras” llegarían a constituir una especie de sacerdocio u orden laica, capaz de ejercer una influencia espiritual que regulara el mecanismo ciego de la sociedad utilitaria (Carlyle, págs. 315-390). Es difícil ignorar la amplia y contradictoria repercusión que tuvieron las ideas de Carlyle en el siglo XIX, sobre todo cuando se comprueba que influyeron en escritores tan dispares como Dickens y William Morris. Esas ideas influyeron también de modo decisivo en Matthew Arnold, y es Arnold, después de Coleridge, el segundo gran nombre de la crítica literaria inglesa del siglo XIX que incidió en la reformulación eliotiana de la idea de *clerisy*.

El texto fundamental de Arnold para el tópico de las minorías culturales, o, más precisamente, lo que él llama “hombres de cultura”, es el célebre ensayo *Cultura y anarquía* (1869). En el final de ese ensayo, Arnold, una de cuyas preocupaciones era desprovincializar la cultura inglesa y conectarla con Europa, invocaba la autoridad de Wilhem von Humboldt para justificar la necesidad de crear en el mundo “una aristocracia de talentos lo más numerosa que se pueda”. Arnold enfatizaba la necesidad de “centros de autoridad” y de “guías nacionales” (que concebía ligados al Estado) para que actuaran como “fuerzas de reconciliación” y no en función de intereses particulares. Frente a la anarquía del mundo social, proponía la cultura como una instancia de superación de las divisiones, y a los “hombres de cultura” como los verdaderos “apóstoles de la igualdad”. En la misma línea de Coleridge y de Carlyle, Arnold encontraba que entre las divisiones de clase de la sociedad inglesa —que para él eran los “bárbaros” (la aristocracia), los “filisteos” (la burguesía) y el “vulgo” (los sectores populares)— se atravesaba un sector o estamento que no pertenecía, en rigor, a ninguna: “un cierto número de *aliens*... personas guiadas no por su espíritu de clase, sino por cierto espíritu *humano* general, por el amor de la perfección humana”. Esta era su concepción de las minorías o elites intelectuales.

Eliot, en consecuencia, resulta un continuador de esta crítica de la sociedad que transcurre en el interior de la crítica literaria inglesa, y su preocupación por las elites intelectuales indica la persistencia del tópico elaborado en el siglo XIX, por lo menos desde Shelley (“los poetas son los ignorados

legisladores de la humanidad”) y Coleridge (la *clerisy*). Más allá de las abundantes intervenciones de colaboradores argentinos, americanos y europeos en torno del tema, las proyecciones de este tópico en *Sur* encuentran en Eliot una figura mediadora privilegiada. Sus ecos reaparecen con frecuencia en los textos con que la revista celebraba los aniversarios y hacía el balance de lo realizado. Me voy a limitar a recordar un par de citas muy citadas de Victoria Ocampo, con la esperanza de que después de este recorrido merezcan una lectura algo menos irritada de la que suelen ser objeto:

...lo que nos inquietaba ... era el problema de un continente cuya unión deseábamos. Esta unión existía para nosotros a través de lo que de hecho, y obedeciendo a una ley espiritual, está siempre ligado: una elite de escritores. Aristocracia cuyos miembros tienen siempre estrecho parentesco, como en otros tiempos las familias reinantes. (No. 75, 1940, décimo aniversario)

*Sur* ha trabajado, durante veinte años, en crear la elite futura... No ha tenido otro propósito que el de ofrecer al lector argentino cierta calidad de materia literaria, de acercarlo lo más posible al “nivel de Henry James”. (No. 192-93-94, 1950, vigésimo aniversario)

Con la referencia al “nivel de Henry James” Ocampo está citando a James Laughlin, director de las ediciones de *New Directions*, otra empresa cultural, esta vez norteamericana, con la que compara e identifica el proyecto de *Sur*. Como había ocurrido con *The Criterion*, mantuvo esta comparación con persistencia. En el número 268 (enero-febrero de 1961, trigésimo aniversario), recuerda que en los comienzos de *Sur* Alfred Metraux había calificado a la revista de “planta de invernáculo” que no reflejaba sino a “una minoría culta. Una minoría de minorías”. Treinta años después, Ocampo sigue discutiendo la cuestión, y retoma las palabras de Laughlin que había expuesto en el número del vigésimo aniversario (aunque esta vez menciona a la también norteamericana *Partisan Review*):

“Por lo pronto, pese a que sus colaboraciones no siempre merezcan esta descalificación (y nos lamentamos de que así sea), *Sur* es una revista *high-brow*, francamente *high-brow*. Como *Partisan*, sufre las consecuencias que acarrea este tipo de aristocracia en un mundo devoto de la vulgaridad.”

Después de este escueto recorrido, es imprescindible añadir al menos una precisión: el tópico del papel de las minorías en la defensa de la cultura llega a las páginas de *Sur* filtrado además por otros dos importantes mediadores que la crítica ha señalado con frecuencia, si bien no siempre los abordó con rigor: Julien Benda, cuya elaboración de la figura del intelectual (el *clerc* de *La trahison des clercs*) se nutrió de la tradición francesa, y José Ortega y Gasset, que recogió algunos modelos provenientes del pensamiento alemán. Considerar la genealogía de este tópico que se tornó candente en

el debate de ideas de los años de entreguerras puede resultar beneficioso para superar lecturas estrechamente localistas y advertir que el tan demonizado elitismo de *Sur* tiene una larga y compleja historia en el pensamiento occidental sobre las relaciones entre cultura y sociedad. Sus raíces se remontan mucho más allá de la colocación social de los integrantes de *Sur*, de su condición de herederos del liberalismo del ochenta o del atrincheramiento frente a la creciente presencia de los sectores populares que se habría acentuado con la irrupción del peronismo en la vida nacional. Reconocer estos datos no implica, por supuesto, renunciar a someter a una crítica exigente esa concepción del papel de las minorías en la cultura ni, mucho menos, desvincularla de las condiciones históricas del campo intelectual en que *Sur* emergió y alcanzó una posición dominante. Esa es, precisamente, la tarea que hay que volver a realizar.

#### **Bibliografía mencionada:**

- Arnold, Matthew, *Selected Essays* (Noel G. Annan, comp.), Londres, Oxford University Press, 1964.
- Carlyle, Thomas. *Los héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la historia*, Madrid, Aguilar, 1963.
- Coleridge, Samuel Taylor, *On the Constitution of the Church and State, according to the Idea of each*, London, Edward Moxon, 1852. También en *The complete Works of Samuel Taylor Coleridge*, T. 6, Nueva York, Harpers and Brothers, 1860.
- Eliot, Thomas Stearn, *Función de la poesía y función de la crítica*, Madrid, Seix Barral, 1968.
- . *Notas para la definición de la cultura*, Buenos Aires, Emecé, 1952,
- King, John, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de la cultura. 1931-1970*, México, FCE, 1989.
- Lacoue-Labarthe, Ph y J.L. Nancy. *L'absolu littéraire*, París, du Seuil, 1978.
- Lepénies, Wolf, *Las tres culturas*, México, FCE, 1994.
- Matamoro, Blas, *Genio y figura de Victoria Ocampo*, Buenos Aires, Eudeba, 1986.
- Karl Mannheim, *Ideología y utopía* (1936), México, FCE, 1993.
- Williams, Raymond. *Cultura e rivoluzione industriale. Inghilterra 1780-1950*, Torino, Einaudi, 1968.
- . *Keywords*, New York, Oxford University Press, 1983.